

tomboktu.com

Atreverse o no atreverse

y otros relatos del mundo Khamira

Victor García

Los relatos eróticos del Mundo Khamira,
un modelo de mujer liberal sin complejos ni tabúes

www.erotica.tomboktu.com

Atreverse o no atreverse

y otros relatos del mundo Khamira

Atreverse o no atreverse

y otros relatos del mundo Khamira

Víctor García

www.facebook.com/tombooktu
www.tombooktu.blogspot.com
www.twitter.com/tombooktu
#atreverseonoatreverse

Colección: Tombooktu Erótica

www.erotica.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Atreverse o no atreverse y otros relatos del mundo Khamira*

Autor: © Víctor García

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Diseño de cubierta: eXpresio estudio creativo

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2014 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Digital: 978-84-9967-606-7

Fecha de publicación: Mayo 2014

Depósito legal: M-6005-2014

Este primer libro quiero dedicárselo en exclusiva a la gente que más me apoyó en mis comienzos, cuando Khamira no era ni siquiera el borrador de unas historias ni de un proyecto.

Ellas fueron las primeras personas que se interesaron y les apasionó este pequeño mundo de Khamira que intentamos mejorar día a día.

Sin vosotras nada de esto habría salido hacia delante. Aunque ya no tengamos ningún contacto y, probablemente, nunca más lo tendremos, siempre os agradeceré vuestro trabajo, vuestro esfuerzo y vuestra dedicación.

Muchas Gracias a Mercedes Zorita López
e Irene Álvarez Borge.

En segundo lugar, me gustaría agradecer a todos mis lectores el apoyo y ánimo que me han dado a través de las redes sociales.

Sin vuestros ánimos nunca habría seguido escribiendo y nunca habría conseguido sentirme orgulloso de escribir este tipo de lectura. Porque los comienzos nunca son fáciles, gracias especialmente a:
Gabriela, Patricia Manzanero y Mónica Pérez.

Atreverse o no atreverse, esa es la cuesti3n



Nunca me hab́a fijado en ́l de esa manera. Cada fin de semana pasaba por alĺ como uno ḿs de tantos otros t́os que veo a diario. Noche tras noche, todos me miran desde el otro lado de la barra, deseosos de ḿ.

Ese d́a, ́l tambi3n me estaba observando.

Cuando empec3 a trabajar como camarera no llevaba bien todo aquello. Los chicos eran excesivamente pesados y me trataban como si fuera un objeto; muchas veces les pillaba escrutando descaradamente mis curvas mientras decían a gritos cualquier grosería que ni siquiera me paraba a escuchar. El volumen de la ḿsica ayudaba a distraerme y no prestarles atenci3n, pero aunque no lo intentaba, intuía las bravuconadas que se decían entre ellos despu3s de pedirme una bebida y me imaginaba la manera lasciva en que me miraban cuando me daba la vuelta para cobrarles. Y el d́a que, por llevar una camiseta ḿs corta, veían el tatuaje que llevaba en la parte inferior de la espalda... □ Puff, prefería no imaginar qu3 se les pasaba por la cabeza.

Aún aś, hasta cierto punto, trataba de ser lo ḿs amable que pod́a.

Muchas noches acababa agotando las reservas que la diosa de la paciencia me entregaba cada fin de semana; terminaba asqueada, enfadada, frustrada. Había idiotas que no se enteraban de nada ni se daban por aludidos cuando les decía amablemente que se estaban pasando de la raya.

Según pasaron los meses, aprendí a manejarlos; les daba confianza, y cuando se pasaban de la raya... □ ¡zas!, sacaba

mi caŕcter seco y borde porque si no cortaba de raíz en un momento dado, se envalentonaban, sacaban su lengua viperina a pasear y...□, bueno, todas sabemos la cantidad de imbecilidades que un hombre, y borracho, puede llegar a escupir.

Pero ese chico no. ́l siempre me dedicaba una sonrisa, cuidaba sus palabras y clavaba su inocente mirada en mis ojos. Había un hombre dulce que me respetaba entre aquella jauría de perros sarnosos desesperados en busca de una presa.

Otra vez le pillé mirándome.

́l no era para nada mi tipo, sin embargo, me gustaba cómo era conmigo, me caía bien y me hacía sentir deseada, muy deseada. Valoraba mucho que, aun estando loco por mí, no se amedrentara y poco a poco fuera ganándose mi confianza cuando hablaba conmigo desde el otro lado de la barra, o al encontrarnos fuera del bar mientras fumaba. A veces, incluso llegaba pronto haciéndose el despistado justo cuando abría o cuando había poca gente para poder quedarse charlando un rato conmigo tranquilamente sin que nadie nos molestara.

Pero aun así, ¡no movía ficha! De hecho, nunca me había planteado qué ocurriría si la moviera. Simplemente era bueno conmigo, se preocupaba por mí en la medida en la que podía, intentaba sonsacarme una sonrisa o qué era lo que me gustaba, qué estudiaba, mis *hobbies* y mis preocupaciones, pero sin gobernarme ni ser un plasta.

«Si fueran así los chicos que me atraen no seguiría soltera».

A veces me preguntaba que si fueran así los chicos que me gustan físicamente, ¿seguirían atrayéndome? No estoy segura, siempre digo que busco hombres cariñosos, románticos o divertidos, pero luego ninguno de mis novios era así. No sé por qué.

Sólo sé que él me daba lo que otros no eran capaces de ofrecerme y eso me gustaba, pero ni siquiera me había fijado en si era guapo o no, era algo extraño.

Sabía que me deseaba y probablemente mucho más que cualquier otro borracho del bar; por eso no entendía que nunca se me insinuara o me propusiera quedar para tomar unas cañas, cenar o ¡algo! Aquello me carcomía por dentro. Quizá él sabía que nunca podría pasar nada más, quizá pensaba que yo era inaccesible para él y prefería tener cierta amistad conmigo a no tener nada.

«Pero si es así, ¿por qué molestarse en conocerme? ¿Por qué interesarse por lo que me gusta? ¿Por qué tratarme tan bien?».

Me volvió a mirar. Le sonreí como hacía siempre.

Se acercó a la barra y me preguntó por el libro que me había recomendado: *Cincuenta sombras de Grey*. A mí me había encantado. El señor Grey, ese caballero de la Edad Media en el siglo xxi con un aire a George Clooney y ¡con helicóptero propio! Al recordarlo me acaloré por dentro, saltó una chispa en mi interior y quise ser pícara con él.

—Pues me encantó —le dije clavando mis ojos en los suyos mientras acertaba la distancia que nos separaba. Después incliné mi cuerpo apoyando los codos sobre la barra, a sabiendas de que le estaba allanando el camino para que su mirada penetrara en mi escote.

—Aunque tiene una cosa mala. —Él me miró con toda su atención, como si se parara el mundo según avanzaban mis palabras; no apartó los ojos de mí, ni pestañeó. Se me erizaron los pelillos de la nuca y sentí ganas de morderme el labio, incluso deseaba con todas mis fuerzas que bajara de una maldita vez su mirada.

—¿El qué?

—Que me despertó el gusanillo, y cuando estás soltera y no tienes a nadie que...□

Mi mirada coqueta se retiró al tiempo que mis palabras se apagaban. Al bajar suavemente la cabeza, me mordí sensualmente el labio y vi cómo su expresión cambiaba; se quedó callado viendo cómo me retiraba, permaneció atónito y pude percibir unos movimientos nerviosos en sus manos.

Me di cuenta de que, por mucho juego que le diera, ́l no era como los deḿs. Sab́a que no iba a soltarme un improprio ni a hacerme un comentario fuera de lugar. Jaḿs diŕa algo que me pudiera ofender o incomodar. Nunca se arriesgaŕa y se atreveŕa a fallar.

Al final, esboz ́ una dulce y t́mida sonrisa, no dando cŕdito a mi comentario.

Estaba segura de que se le pas ́ por la cabeza si era o no verdad lo que insinu ́, si era una especie de broma o un comentario sin ḿs de los que no hay que analizar, o si le estaba tomando el pelo para reírme de ́l, pero ¡yo nunca me reíría de ́l! No se lo merecía, pero con esto de las indirectas, ¿quién sabe? Cada uno interpreta lo que le da la gana.

«¡Uuffff!».

Suspir ́ temerosa de que se lo hubiera tomado a mal.

Yo ya hab́a sentido lo que era poseer a un chico y disfrutar cuando yo me entregaba al cien por cien; cuando yo daba y ́l recibía. Pero incluso en esos casos, muchas veces, o no me correspondían o hacían cualquier cosa que rompía la magia del momento simplemente porque ellos ya hab́an terminado.

Nunca hab́a sentido lo contrario y no s ́ por qu ́ percibía en su mirada que si le hacía lo ḿs ḿnimo a ́l iba a ser lo mejor de su vida, lo valoraŕa, no me despreciaŕa, me correspondería como era debido y veinte veces ḿs si se lo pedía. Estaba segura de que el placer podŕa estar al alcance de mi mano.

«S ́lo tengo que arriesgarme, ver si no me estoy engañando a mí misma en un ataque de ego y comprobar si ese chico s ́lo me quiere para lo mismo que los deḿs. Quiero saber si ́l es lo que deseo que sea, quiero descubrir si realmente me trataría como a una reina».

Aunque eso lo hab́a pensado con la mayoría de tíos, con ́l no me pod́a equivocar. Era imposible equivocarse con ́l. Sab́a que la mayoría de los tíos con los que hab́a estado s ́lo querían meterse debajo de mi falda y acostarse conmigo, no para darme placer sino para disfrutar ellos

mismos, pero con él...□ era el indicado para fiarme más que nunca de mi instinto.

—Baja al almacén a por *coca-colas*, que se han acabado.

Mi compañera me empujó levemente y sin querer al pasar junto a mí, y mi pensamiento se desvaneció al igual que lo hace el aliento en una fría mañana de invierno. La música regresó a mis oídos y vi cómo él se alejaba de mí.

«Mierda».

Todos mis anteriores pensamientos se esfumaron dejándome una desconocida sensación amarga.

Para bajar al almacén, debía recorrer todo el largo de la barra, llegar hasta el final del bar y volver a recorrer la misma distancia a través de toda la clientela hasta llegar donde se encontraban las escaleras que me llevarían al sótano en el que se guardaban las bebidas.

Al salir de la protección de los camareros, comencé a agobiarme; el bar estaba bastante lleno y tenía que abrirme hueco entre la gente. Saludé a varias personas que conocía de verlas por el bar a menudo y seguí caminando. Empujé violentamente a un subnormal que hizo la gracia de ponerse delante de mí para no dejarme pasar y al dejarlo atrás, se abrió un pequeño claro en el que me encontré a aquel chico de espaldas a mí hablando con su grupo de amigos de toda la vida.

Al pasar por su lado, una sensación eléctrica me recorrió el cuerpo y me hizo hablar; cuando parpadeé me di cuenta de que me había acercado por detrás y le había susurrado grácilmente al oído:

—Mañana estoy sola en casa.

Él se giró sorprendido porque no me había visto llegar y yo seguí mi camino con un nudo en el estómago, sorprendida de mi atrevimiento.

Giré la cabeza hacia él bamboleando exageradamente mi cabello y vi cómo me seguía con la mirada, buscando mis ojos, no mi trasero. Eso corroboró mi teoría sobre si había elegido bien o no. Con él no me podía confundir.

Comencé a bajar las escaleras y desaparecí de su campo de visión mientras él seguía atónito, dubitativo, sin saber si

era cierto o no lo que le acababa de pasar. En el ́ltimo segundo del cruce de nuestras miradas observé que sus ojos estaban abiertos como platos.

Llegué abajo, al almacén.

Me giré deseosa para mirar hacia arriba, en direccón a lo alto de las escaleras, pero fruncí el ceño al ver que no le había echado un par de narices para seguirme hasta allí abajo y tomarme fogosamente en el almacén. Ahora tendŕa que esperar hasta mañana.

«¡Mierda! Pero ¡si no sabe dónde vivo! ¡Ni le he dicho la hora! ¡Ni tiene mi móvil! Puff».

La angustia se apoderó de mí y poco a poco me llevé la mano a la boca.

«Se va a creer que le he vacilado y que me he burlado de él. ¡No! Yo no quiero que piense eso».

Mi deseo se vino abajo y se me humedecieron los ojos. Me mordí el labio asqueada conmigo misma.

«Ains, ¿¿por qué he tenido que abrir la puta boca?!».

Di un pisotón lleno de rabia, crucé los brazos sobre mi pecho y empecé a morderme las uñas.

«No quiero perder a un chico que me trata así de bien».

Me dieron ganas de gritar de frustración, pero me reprimí.

«Todavía estoy a tiempo de solucionarlo. Puedo subir y explicarle. Puff, ¿explicarle qué? ¿Qué me quiero acostar con él aunque no sea mi tipo? ¿Qué quiero que me trate como una reina una noche, así porque sí? ¡¿Dios, qué le digo?!».

Comencé a caminar de un lado a otro, desesperada por encontrar una solucón que no llegaba.

«¡Piensa! ¡Algo le tengo que decir! ¿Pero qué? ¡Madre mía, en qué lío me he metido! Pobrecillo, se habrá quedado confuso. ¿Por qué no pensaré antes de actuar? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?».

Tenía que hacer algo, pero lo único que sabía era que no le podía dejar así. Se estaría comiendo la cabeza.

«A saber lo que estaba pensando».

Sub́ las escaleras a toda prisa para buscarle, pero cuando llegú arriba ya no estaba. Me puse de puntillas para mirar por encima de la gente, a ver si al menos encontraba a sus amigos, pero ya no estaban por ninguna parte; se hab́an ido.

«¡Jo!».

Me quedé alĺ parada un eterno segundo mientras miraba a la nada, entristecida, porque mi intenció n era hacerle daño, ni burlarme de él, ni vacilarle; pero probablemente era eso lo que hab́a interpretado, porque para él yo era una chica fuera de su alcance.

El resto de la noche trabajé deambulando por el bar, hablando lo justo con la gente. Mi cabeza daba vueltas y vueltas a lo ocurrido buscándole alǵn sentido a todo aquello, pero no lo encontré y como no estaba de humor para hablar con nadie, me hab́a dedicado toda la noche a beber intentando encontrar respuestas en el fondo de las copas de ron.

Llegó la hora de cerrar.

Escuché voces fuera, en la calle, en frente de las puertas del bar; los más rezagados se amontonaban alrededor de la entrada mientras se ponían los abrigo s o se terminaban las últimas bebidas que les hab́a servido en vasos de plástco.

El cierre estaba medio bajado pero, aun así, pude oír cómo crujía la puerta al abrirse.

—Gua-pihí-shimaaa. Venga, por fa. ¡Hip! Ponme la última copa. Que yo... □ ¡hip!... □ que yo te la pago —parloteó uno de los borrachos.

—¡Que te largues! A ver si nos enteramos. ¡Cerrado es cerrado!

Empujé la puerta de un puntapié para cerrarla, me di la vuelta y puse rumbo a la barra para terminar de recoger. De pronto volví a escuchar cómo la puerta se entornaba.

«¡Uuffff!».

Bufé poniendo los brazos en jarra; la diosa de la paciencia ya me hab́a abandonado ese día. Me detuve y me giré para estar frente a la puerta. Mientras recorría los pocos pa-

sos que me separaban de ella, pensé malhumorada que qué diablos iban a insinuarme esta vez.

«Que si otra copa, que si una cerveza, que si estaba muy guapa esta noche, que si quería que me llevaran a casa, que si me iba con ellos de fiesta...□».

Vi cómo alguien se deslizaba por la puerta y me quedé helada, inmóvil. Algo saltó en mi mente y me puse en lo peor.

«Y si algún borracho pirado se ha atrevido a colarse para atacarme o robarme o...□».

Me aterró que un desconocido pudiera entrar y hacerme daño. Estaba trabajando sola e indefensa, no había nadie más conmigo. Por suerte, mi momentánea paja mental no me afectó demasiado y pude fijarme en su abrigo, en su camisa, en sus zapatillas...□ y, una vez dentro, me fijé en cómo me miraba directamente a los ojos.

—No sabía dónde vivías, ni tenía tu móvil, ni...□ —le escuché decir con voz tímida y temblorosa.

Al verlo, me quedé boquiabierta y helada, pero no en el sentido más profundo de la palabra, porque una ardiente y fogosa sensación recorrió todo mi cuerpo. Sus palabras me hicieron sonreír ampliamente y avancé rápidamente hacia él, empujándolo contra la puerta al tiempo que unía mis labios a los suyos de la manera más apasionada que conocía.

Tras un instante, estos se despegaron el tiempo suficiente para ver un brillo de deseo en sus ojos. Llevé mis labios a su oreja y le susurré:

—No te muevas.

Mientras le daba pequeños mordiscos notaba que su cuerpo se estremecía de placer. Posé una de mis manos sobre la puerta para correr el pestillo, al tiempo que sentí las tuyas dulcemente por mi espalda, mi cadera, mi trasero.

«¡Mmmmm!»

Me excité aún más al sentir sus caricias recorriendo todas mis curvas. Volví a dirigir mi boca hacia la suya pero, de repente, con un rápido movimiento, me giró y me puso con la espalda pegada a la puerta. El choque fue fuerte y se me escapó un gemidito de dolor, así que le lancé, como casti-

go, un mordisco al labio inferior. ́l lo esquivó, se lanzó a por el mío y lo enganchó. «¡Uuffff!».

Mi corazón luchaba ferozmente por salirse de mi pecho y mi sangre hervía.

Necesitaba desesperadamente saber más, si era como yo deseaba que fuera, si me iba a tratar como una reina, si me iba a dar toda la atención que ningún otro nunca me había dado.

No pude aguantar más. Salvajemente llevé mis manos a su cabeza y le di un fogoso beso de película. ́l me cogió del trasero y me impulsó hacia arriba, momento que aproveché para rodear su cintura con mis piernas.

Disminuí la frecuencia de los besos hasta detenerme. No me reconocía, tenía la lívido por las nubes. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué él me hacía sentir tan viva? ¡Si no era mi tipo!

Desenrosqué mis piernas de él y nos comenzamos a mover vigorosamente de un lado a otro, sin rumbo fijo.

Alocadamente nos quitamos la ropa el uno al otro. Tiré su abrigo al suelo y me deshice de su polo mientras él intentaba despegar mi camiseta de mi cuerpo. Levanté los brazos pero mi prenda se enredó en mi pelo.

«¡Leñe!».

́l, con cuidado, consiguió quitármela y seguidamente, con manos de experto, me desabrochó el sujetador que se precipitó contra el suelo.

Nos detuvimos en seco frenados por la pared del fondo con la que habíamos chocado con fuerza. ́l soltó un pequeño susurro al recibir el impacto. Yo le sonreí maliciosamente porque me había gustado que sintiera ese ligero dolor.

De nuevo me lancé a besarle, acariciando su cabeza y su pecho. Bajé por su lateral mientras llevaba mis manos a su trasero. «¡Mmmmm!».

Allí lo tenía, ¡todo para mí! No podía esperar más tiempo, ¡estaba impaciente por comprobar cómo era!

Centré mi atención en su cinturón, lo desabroché y sentí cómo se ruborizaba. No se creía lo que le estaba pasando y si yo me paraba a pensarlo, ¡tampoco! ́l nunca me habría

atraído y, sin embargo, cosas de la vida, no recordaba haber estado tan predispuesta y excitada para el sexo, y creo que él tampoco porque ¡sólo con tocarle ya percibía como estaba disfrutando! Casi no era necesario que hiciera más para darle placer. ¡¿Cómo era eso?!

Bajé su cremallera y fui deslizándome a besos por su pecho al tiempo que le bajaba los pantalones y los *boxers*. Le besé el ombligo y su estómago se contrajo con un pequeño espasmo. Me encantó su reacción. Luego, continué descendiendo un poco más al tiempo que su respiración se aceleraba justo cuando rocé su calidez con mis labios. Acaricié su erección con la lengua para jugar con sus sensaciones y estas me contestaron con un su gemido de impaciencia. Con mis manos recorría sus piernas; después, le agarré el trasero con fuerza al tiempo que me la introducía completamente en la boca.

De pronto, llevó su dedo índice a mi barbilla y me detuvo. Él no estaba allí para recibir placer, sino para dármelo. Con delicadeza hizo que levantara la mirada, y con una suave presión me hizo ascender. Al llegar a su altura, me besó dulcemente y yo me derretí por dentro. Un torrente de placer recorrió mi sexo.

Se sacudió los pantalones para quitárselos de en medio, me cogió de la mano y tiró de mí. Yo miré a todos los lados intrigada por lo que tocaba ahora.

«¿Otro idiota que se va a sentar cómodamente mientras se la chupo?».

Arrugué el ceño.

«No, eso no puede ser. Él es distinto».

El hueco de la escalera estaba rodeado por una barandilla de madera para evitar que los borrachos se precipitaran de cabeza al almacén. Justo delante de la barrera anticáidas había un pequeño escalón. Me llevó hasta allí, me miró a los ojos y apasionadamente se lanzó a besarme.

Yo sonreí durante ese ínfimo instante hasta llegar al encuentro de sus labios. Acto seguido él se separó de mí, me giró para que le diera la espalda, me agarró el pelo y me mordisqueó el cuello desde atrás. Sus manos se deslizaron